

CARTA 18 Sobre casos más exitosos

En América Latina unos países han hecho cosas mejores que otros, en determinados ámbitos han sido más exitosos y, en términos generales, algunos se ven mejor que otros. En producción científica y tecnológica Brasil puede mostrar logros mayores que todos los demás en los últimos años; en democracia, estabilidad y medio ambiente Costa Rica es uno de los modelos; en distribución de la riqueza (o de la pobreza) Uruguay sigue siendo uno de los más equitativos; en niveles bajos de corrupción Cuba ha sido un ejemplo. Otros han seguido mostrando indicadores malos y peores: violencia, población que decide irse, inestabilidad, corrupción y sobre todo bajos niveles de desarrollo humano.

¿Por qué Argentina, que dio 3 Nóbel en ciencias, ha dejado de darlos? ¿Irresponsabilidad de la comunidad intelectual? ¿Decadencia de la universidad? ¿Inestabilidad política? ¿Represión? ¿Se diluyó la densidad cultural? ¿Malos salarios? ¿Insuficientes condiciones de trabajo? ¿Malas instalaciones? ¿Argentina se perdió el respeto a sí misma? ¿Todas las anteriores? ¿Por qué casi ningún otro país de América Latina ha producido Nóbeles en ciencias? La respuesta más torpe de todas sería: porque los poderosos de la tierra se han concertado para impedirlo. ¿Cómo es posible que la pequeñísima isla de Santa Lucía en el Caribe haya producido 2 Nóbel: economía Arthur Lewis y literatura Derek Walcott? ¿Es una simple casualidad?

A comienzos del siglo XXI, Chile se encuentra en una posición mejor (o deberá decir menos mala) que muchos de nuestros países (Ver a este respecto: PNUD *Desarrollo humano en Chile, 2004, 269ss*, Santiago, www.desarrollohumano.cl). Se disminuyeron drásticamente los niveles de pobreza y miseria, lo mismo ocurrió con los niveles de desnutrición y mortalidad infantil, aumentó sistemáticamente la expectativa de vida, los indicadores de corrupción han sido menores que en otros lugares, ha mejorado cualitativamente el respeto a los derechos humanos y el ejercicio de la democracia y de país expulsor de población se transformó en receptor, no sólo de la propia que residía fuera sino de varios otros países de la región. Aumento en la expectativa de vida y migración favorable son dos indicadores muy relevantes. El primero indica no sólo calidad de la salud, sino eficiencia en los servicios, educación, respeto por los niños y los ancianos, responsabilidad social, sistema de pensiones, etc.; el segundo muestra que la ciudadanía está razonablemente contenta en relación a sus expectativas y por ello permanece en el territorio y que el país transmite una imagen internacional positiva cosa que motiva a extranjeros disconformes en sus respectivos países, o a chilenos que habían emigrado, a residir en Chile. Durante décadas, Chile expulsó población por razones económicas o políticas. A fines del XX y comienzos del XXI esta tendencia se revirtió y de expulsor se transformó en receptor de población. Haití, Cuba, Guatemala o Argentina han exhibido lo contrario, han expulsado mucha población y si la recepción en otros lugares fuera más fácil habrían expulsado mayor cantidad.

En la actualidad pensar “políticamente” es casi sinónimo de hacerlo “nacionalmente”. Por cierto debemos pensar nacionalmente, pero debemos hacerlo también metanacionalmente, más allá de nuestro estado-nación, hacia ese planeta donde se encuentra una inmensa cantidad de entes que son muchos otros estados-nación y muchos más que no lo son, sino que grandes empresas, iglesias, organismos internacionales, agrupaciones ideológicas y políticas de variado pelaje, asociaciones y organizaciones por etnias, formas de consumo, religión, geografía, etc., medios de comunicación algunos de los cuales cubren idiomas enteros. Pensar así es pensar de manera planética y no políticamente. Para desenvolverse en este inmenso ecosistema hay que pensarlo como un planeta y no como una polis.

Un proceso como el que ha tenido Chile es un proceso complejo y hay que evitar explicaciones monocausales. Voy a entregar una interpretación muy personal que me parece que contribuye a explicar un pequeño círculo virtuoso que se ha ido produciendo, aunque todavía deje mucho que desear. Entre otras cosas Chile cambió un proyecto de inserción internacional, el cual pensaba al mundo como una gran e injusta empresa donde los países pobres eran los proletarios de la humanidad, que debían unirse y luchar para exigir mejores condiciones para sus productos y ojalá, en un plazo medio, cambiar el funcionamiento del sistema internacional, haciéndolo equitativo. Esta visión del mundo se cambió por otra en la cual, concibiendo el mundo como un ecosistema duro e injusto, se piensa que debe encontrarse la mayor cantidad de nichos donde prosperar. Esta convicción se fundamenta en que Chile representa alrededor del 0.1 al 0.2 % (dos milésimas partes) del poder mundial y que por tanto la posibilidad de coordinarse con otros pequeños es baja y los resultados que se obtendrían también serían minúsculos. En América Latina y el Caribe existen unos 15 estados cuya significación en el poder mundial es del orden de un 0.01% (una diezmilésima parte). Es decir si unimos a 15 o 20 de estos, lo que logramos es poseer en conjunto del orden de 2, 3 o 5 milésimas partes (léase bien no un 5 por ciento sino un 5 por mil). Y debe tenerse en cuenta el inmenso esfuerzo que significa coordinarse. Por ello cualquier colaboración entre pequeños ha de ser pensada para cosas “positivas” y no para pelear o guerrear contra los grandes, pues los poderes son demasiado desnivelados y aunque podemos hacer daño a alguno de los grandes, será casi imposible triunfar contra ellos. Debemos además tener en cuenta que las capacidades para concertarse de las

grandes potencias son notoriamente mayores que la capacidad de los pequeños. Entre otras cosas, por ello son grandes. Es el momento de notar la vergüenza de que bolivianos, chilenos y peruanos no hayamos podido solucionar moralmente, con el derecho internacional y más allá de éste, una situación dolorosa para nosotros y para toda la región. Este es un ejemplo de nuestras ínfimas capacidades de concertación para hacer cosas necesarias, siendo víctimas de la enfermedad del “realismo” pequeño y miope.

Esta idea, de insertarse criteriosamente en un mundo mil o diez mil veces más grande que el propio país, es muy contraria a aquella de malos gobiernos que vociferan mesianismos que les llevarán a derrotar a todas las potencias de la tierra o aquellos que denuncian persecuciones paranoicas todos los días. Ambos métodos se utilizan para cohesionar a la población y obtener su apoyo debido a que éste no se ha podido ganar por los beneficios reales que han aportado tales gobiernos. Entre las muchas cosas malas, torpes y/o facinerosas que hizo Pinochet, estuvo aquella de irse proclamando de salvador del mundo, emitiendo juicios donde no se los pedían. Los gobernantes, y sobre todo de los países pequeños, no deben andar de bufones, quijotes ni pisa callos.

Para insertarse exitosamente en ese ecosistema, Chile asumió que debía obtener niveles de calidad y respetabilidad suficientemente altos, pues allí todo se está midiendo permanentemente y normalmente son otros quienes miden y emplean sus varas para medir, pues tienen la sartén por el mango. Se trata de dejarse ver poco, poco y bien. No aparecer en malas compañías: drogas, corrupción, atentados a los derechos humanos, terrorismo. Sí, en cambio, en amistad con la justicia, el derecho, la libertad, el bienestar y contento de la población. Calidad, honestidad, sensatez y respeto de los compromisos, son condiciones para el éxito. Ya sabemos que también se requiere tener buena suerte. Esa no podemos manejarla, pero como la suerte es mujer, puede ser mejor gozada por los decididos que por los pusilánimes.

Pero, a pesar de todo lo dicho, varios países han crecido más que Chile en la cuestión del conocimiento: sin duda Brasil en investigación y en producción de postgrados, y sin duda México y Costa Rica en la producción de bienes de media y alta tecnología.

Por otra parte, debemos sospechar siempre de los indicadores de uso de ciencia y tecnología asociados a las capacidades para generar desarrollo. Se trata de un indicador superficial y engañoso, porque en un mundo de mediocres no se inventan computadores ni se producen patentes de software sino que éstos se utilizan para ver deporte y pornografía, para jugar y para enviarse chistes y fotografías de novias o sobrinos. Todo eso es más o menos legítimo o razonable. Lo grave no es el uso como divertimento sino la incapacidad para producirlos y para utilizarlos en pro de nuestro progreso y presencia cultural en el mundo siendo, quienes nos expresamos en español, portugués y en lenguas indo-americanas, incapaces de llegar a Internet con aportes culturales propios. La calidad de la educación no puede medirse, en primer lugar, por la cantidad de gente que usa computadores, sino por la cantidad de computadores que se fabrican o por los programas que se inventan en ese lugar. Todos conocemos múltiples fórmulas para hacer la crítica fácil del tecnologismo, por tanto no vale la pena ir por allí. Por eso es necesario establecer muchas mediciones y poder relacionarlas, de modo de evaluar ampliamente la situación de una sociedad. La cantidad de computadores y usuarios no tiene la misma significación en una sociedad capaz de producirlos que en otra incapaz de hacerlo, como la mayoría de las de Latinoamérica y el Caribe.